

*Sicut umbra dies nostri
sunt super terram.*

Jos. XIV, 9.

PEDRO LAÍN ENTRALGO:

Acerca de mí mismo



LUIS ALEJANDRO:

Guillermo de Torre, filántropo del espíritu

Acerca de mí mismo

UN DISTINGUIDO HISPANISTA NORTEAMERICANO, EL PROFESOR Bleznick, de Cincinnati, Ohio, me ha hecho la merced de interesarse por mi vida y mi pensamiento, y a petición suya he respondido sincera y sencillamente a unas cuantas preguntas relacionadas con ambos temas. Me atrevo a pensar que mis respuestas —no tanto por referirse a mí, cuanto porque siempre o casi siempre contienen una explícita referencia a ciertos «nosotros»— pueden interesar a un puñado de lectores españoles. Con esta acaso desmesurada convicción las he puesto en las amistosas manos de Camilo José Cela, para que él, tras su lectura, les dé el destino a sus ojos más conveniente, la linotipia o la papelera. Helas aquí:

1. *¿Qué puede hacer el intelectual español, hoy día?*

Ante todo, dos cosas: trabajar con esfuerzo y calidad, para demostrar con obras que entre los intelectuales españoles (filósofos, hombres de ciencia, escritores, artistas) está la parte mejor, la parte «más presentable», como entre nosotros suele decirse, de la actual sociedad española; y por otro lado, decir en la medida de lo posible lo que España es, ser o intentar ser su conciencia intelectual y su conciencia ética.

2. *Qué piensa usted de lo que escribió Aranguren en «Asclepio»: «Yo diría que su reacción (la de Laín) tiende a parecerse, salvadas todas las diferencias, a la que él mismo ha estudiado en los hombres del 98 y a la de los grandes intelectuales de la República... Refugio en el ensueño... o, como en el caso de Laín, noble entrega a una empeñada investigación antropológica...»*

No poco hay de cierto en ese juicio de Aranguren. El trabajo intelectual es mi verdadera vocación —yo no soy y no podría ser político; no sirvo para ello—, y creo que a él me habría consagrado en cualquier situación de mi país. Pero frente a la profunda desesperanza, melancólica unas veces e irritada otras, en que como español vivo —léase el texto de la generosa entrevista conmigo que Jiménez Lozano publicó en *Destino*—, la entrega a ese trabajo cumple a veces una función de opio. Alguna vez he dicho entre bromas y veras: «Sostuvo Marx que la religión es el opio del pueblo. Tal vez en ciertas situaciones haya sido así; pero de lo que estoy bien seguro es de que el trabajo puede ser el opio de las clases medias». Es decir, de aquellos para quienes trabajar, llevar a cabo una obra personal, la que sea, es una verdadera vocación. Con todo, no quiero resignarme a callar mis opiniones y nunca dejaré de propugnar una reforma de la sociedad española orientada por la sed de libertad y la sed de justicia. Aunque yo me muera sin verla.

3. *¿Qué está pasando en la Universidad española?*

Mirada en su conjunto la actual agitación de la Universidad española, creo que en su determinación se mezclan y mutuamente se influyen tres factores: 1.º Uno de carácter universal, la rebelión de la juventud universitaria que, con matices diversos, en tantos países se está dando. La impaciencia por el logro de nuevos modos de vida en el orden social, político y económico —a veces excesiva, a veces expresada de modo no muy definible— es el fondo común del suceso. 2.º Otro de orden nacional: la disconformidad con un régimen que mantiene, sí, el orden público, y que tiene en su haber no pocas realizaciones técnico-económicas, pero nada abierto a la libertad y a la democracia y apoyado sobre enormes e injustas desigualdades políticas y sociales. 3.º Otro, en fin, de índole universitaria o académica: la insuficiencia de la actual Universidad española y el desorden de las medidas con que se intenta reformarla. Sobre este triple fundamento se constituyen y dibujan los disturbios que ha relatado la prensa (huelgas y asambleas estudiantiles, ocupación de las Facultades por la Policía Armada, existencia de minorías activistas que explotan y canalizan el descontento general, detenciones policíacas de estudiantes y sanciones contra ellos, etc.).

4. *En su opinión, ¿cuáles son sus principales contribuciones como escritor y como catedrático?*

Pienso que en mi producción escrita pueden ser distinguidos tres temas principales, la Historia de la Medicina, la antropología (general, por una parte, y médica, por otra) y

la realidad y el problema de España. Los títulos que manifiestan esa triple producción los conoce usted ya.

Mi contribución a la historiografía de la Medicina —más precisamente, cómo veo yo esa contribución— va expuesta en el prólogo a una amplia recopilación de trabajos míos que publicó, bajo el título de *Obras*, la Editorial Plenitud, y en el artículo «Mi oficio en el año 2.000», aparecido en *Revista de Occidente*.

Otro tanto cabe decir en lo tocante a la reflexión antropológica. Creo que mis libros *La espera y la esperanza* y *Teoría y realidad del otro* aportan alguna novedad valiosa a los temas de que se ocupan, y que tal novedad consiste ante todo en la combinación sistemática de tres puntos de vista, el histórico (qué ha ido siendo ese tema y qué respuestas se le han ido dando a lo largo del tiempo), el fenomenológico (un metódico examen descriptivo de lo que *esencialmente* es la realidad estudiada) y el psicosomático o psicofisiológico (cómo el cuerpo y la psique del hombre actúan, en tanto que cuerpo humano y psique humana, en el acto de esperar o de relacionarse con el otro). Lo mismo creo que puede decirse del libro *Sobre la amistad*, al cual, como complemento, he añadido el punto de vista sociológico, antes escasamente considerado por mí (*Teoría y realidad del otro* pretende ser un libro «sub» o «trans-sociológico», no obstante su tema). Dentro de pocos meses va a publicarse una edición abreviada de *La espera y la esperanza*, que llevará un largo epílogo recogiendo lo que marxistas (ante todo, Bloch) y teólogos (en primer término, Moltmann) han dicho estos últimos años sobre el esperar humano, y tomando postura personal frente a todo ello.

Como docente universitario, mi máxima satisfacción con-

siste en haber creado una escuela española de Historia de la Medicina, de la cual, con distintas orientaciones metódicas y temáticas, son figuras principales los profesores —ya maestros, por tanto— Sánchez Granjel (Salamanca), López Piñero (Valencia), Albarracín (Madrid), García Ballester (Granada), Riera (Valladolid) y Paniagua (Pamplona). Podrían añadirse a éstos los nombres de otros estudiosos más jóvenes y ya brillantes. Gracias a este equipo, cuya ayuda nunca agradeceré bastante, ha podido ser compuesta la *Historia Universal de la Medicina* que está en curso de publicación (siete volúmenes, de los cuales han aparecido cinco; amplísima colaboración de especialistas del mundo entero).

5. *¿Por qué empezó a escribir obras dramáticas? ¿Puede proporcionarme algunos datos sobre el éxito de sus dramas y qué está pasando con las obras inéditas? ¿Van a ser representadas en el teatro?*

Suele decirse en España que todo español tiene en su escritorio una comedia escrita. Pero no creo que sea mi condición hispánica —que, naturalmente, nunca dejo de llevar conmigo— la que me haya movido a componer piezas teatrales. Dos motivos principales veo en esa decisión mía: uno literario, el gusto de escribir lo que «alguien» distinto de mí piensa, siente y dice (véase lo que sobre el tema digo en el breve prólogo a la edición de *Entre nosotros*, de Alianza Editorial), y otro intelectual, el deseo de ver hecho «vida visible» lo que acerca de distintos problemas antropológicos, como la esperanza y la convivencia, yo había expuesto teóricamente. También me he propuesto llevar a la escena el dra-

ma histórico de España, y la pieza *El Empecinado* constituye la primera parte de una posible trilogía teatral acerca de él. La Semana Trágica de Barcelona (1909) y la guerra civil de 1936 serían los dos restantes temas.

De las piezas teatrales por mí compuestas han sido representadas tan sólo *Entre nosotros* (Teatro Windsor, Barcelona) y *Cuando se espera* (Teatro Reina Victoria, Madrid). Las dos consiguieron lo que los franceses llaman *un succès d'estime*, pero no pasaron de ahí. Sin embargo, tengo la osadía de pensar que, bien interpretado, *El Empecinado* lograría penetrar con cierta fuerza en el público español.

6. *¿Qué es una generación, para usted? ¿Existe una generación después de la de «los nietos del 98»?*

Pienso que una generación —entendida esta palabra, claro está, en su acepción histórica— es un grupo de hombres más o menos coetáneos y relativamente semejantes entre sí, en cuanto al modo de vivir el sentido histórico de su existencia. Tal semejanza surge de ordinario por la conjunción de dos causas principales: el paso del tiempo, con la inexorable mudanza histórica y social que tal paso trae consigo, y —sobre ese fondo— el advenimiento de una vicisitud o de algún estado de ánimo colectivo que conmuevan de manera intensa la conciencia de las personas; lo cual explica que las distintas «generaciones históricas» (la española «del 98», la alemana del *Sturm und Drang*, la *lost generation* norteamericana, la europea del «fin de siglo», etc.) expresen de algún modo un sentir general y sean representativas de la colectividad humana en que surgen. La «gene-

ración del 98», expresa y representa el hondo desencanto de la sociedad española —con mayor precisión: de las porciones más sensibles de la sociedad española— ante lo que histórica y socialmente fueron la Restauración y la Regencia, descontento que alcanzó su *climax* con el desastre de 1898; la generación *Sturm und Drang*, el hastío frente al racionalismo de la Ilustración y la consiguiente necesidad de una vida más apasionada y cordial, etc.

En la España contemporánea han existido sin duda alguna —para mí, al menos— la «generación del 98», la «de 1912» o, como la llamó Marañón, «de la preguerra» (Ortega, Ors, Marañón, Pérez de Ayala, A. Castro, Azaña, Angel Herrera, Madariaga, Zulueta, Gómez de la Serna, Achúcarro, Río-Hortega, Hernando, Tello, etc.) y la «de 1927» o «de la Dictadura» (con sus fracciones literaria e intelectual: Guillén, Salinas, Lorca, G. Diego, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Alberti, Cernuda, Rosa Chacel, Jardiel Poncela, etc., entre los miembros de aquélla; Zubiri, Jiménez Díaz, Palacios, Catalán, Duperier, otra vez Dámaso Alonso, García Gómez, Lafuente Ferrari, Fernando de Castro, Costero, Garrigues, Rof Carballo, etc., entre los de ésta). La etiqueta de «nietos del 98», tácticamente afortunada un tiempo, no me parece que deba subsistir, y de hecho no ha adquirido especial vigencia después de haber sido inventada y propuesta.

¿A qué generación pertenezco yo? Puramente atendido a la fecha de mi nacimiento, Julián Marías estima que soy el más joven de los componentes de la generación de 1927. Pero yo me siento históricamente dentro de la que sigue a ésa (Tovar, Aranguren, Rosales, Ridruejo, Vivanco, Torrente Ballester, el propio Marías, Miguel Hernández, Espriu,

Cela, Buero Vallejo, García-Sabell, Grande Covián, Méndez, Díez del Corral, Cluëca, Maravall, Lapesa, Vega Díaz, Francisco Ayala, Celaya...), que bien podría ser llamada «generación del 36». Si después de esta última ha surgido otra bien definible el tiempo lo dirá.

7. *¿En qué aspectos coincide usted con y difiere de la generación del 98 y de la de Ortega?*

Tomada mi generación —la que yo siento como mía— en su conjunto, creo que puede quedar caracterizada por los siguientes rasgos:

1.º Todos sus miembros fueron intensamente afectados por la súbita y tremenda vicisitud de nuestra guerra civil cuando iniciaban su obra personal; lo cual ha hecho que la realidad y las consecuencias de esa guerra hayan influido mucho —inhibiendo o imponiendo posibilidades, cambiando el destino de las vidas— sobre la cantidad, la calidad, la orientación y el contenido de esta obra. La mía ha sido una generación a la vez formada y deformada por la dominadora e irresistible presión de la historia de España ulterior a 1936; una historia de la cual nosotros nunca hemos sido protagonistas y sobre la cual apenas hemos influido.

2.º Movidos desde dentro de sí mismos (su ideología inicial) o desde fuera de ellos (el azar geográfico de residir en tal o cual ciudad española cuando se inició la guerra civil), los distintos miembros de mi generación pertenecieron en su juventud a uno o a otro de los dos bandos que la guerra civil puso en pugna. Pero —no contando a Miguel Hernández, muerto en prisión a los treinta y dos años— todos, aun-

que cada uno a su modo, han tratado de superar en su vida y en su obra los presupuestos de esa guerra, lo cual ha sido especialmente visible en los que después de 1939 hemos seguido viviendo en España. Con otras palabras: en el fondo, por debajo de cualquier ocasional apariencia, todos los hombres de mi grupo generacional han venido a considerarse a sí mismos como «vencidos», unos por el bando vencedor en la guerra civil, otros por la guerra civil misma.

3.º Con importantes diferencias personales, y siempre movida por su experiencia de una contienda bélica que como ninguna otra había cortado el curso «normal» de la historia contemporánea de España —la cantidad y la calidad del exilio dan la medida de ese corte—, mi generación se ha esforzado por asumir en su obra la herencia de las tres anteriores a ella y por impedir que la realidad y la pretensión de éstas perdieran totalmente su vigencia en la vida española. Muchas veces en detrimento de sus propias posibilidades, mi generación ha querido ser «continuadora».

4.º Pienso, en fin, que en cuanto a la expresión histórico-social de ese espíritu de continuidad todos hemos fracasado, aunque los esperpentos de Valle-Inclán triunfen en el teatro, haya actos públicos de homenaje a Unamuno, Baroja y Marañón, se hable sin cesar de Antonio Machado. Ortega tenga una calle en Madrid y Dámaso Alonso sea director de la Real Academia Española. Y creo que la conciencia de este fracaso es en primer término lo que a muchos de nosotros nos ha hecho sentirnos «vencidos».

Generación del 98: un corazón español rebelde y soñador. Generación de 1912: una inteligencia española lúcida-mente abierta a Europa. Generación de 1927: perfección

suma en el cultivo del campo vocacionalmente elegido, afán de rigor y de pureza. ¿Qué podrá decirse de los que hemos venido luego, si es que se dice algo? No lo sé.

Pero vengamos a mí mismo, puesto que a mí es a quien usted interroga

¿En qué aspectos coincido con y difiero de la generación del 98? Me siento menos soñador y más racional que ella. ¿En qué aspectos coincido con y difiero de la generación de Ortega? No sé que decirle. Miro el conjunto y el nervio de esa generación, me miro luego a mí mismo, y pienso que a lo que íntima y realmente aspiro yo es a poner al día —al día de 1973— lo que en cuanto españoles y en su arranque generacional esos hombres quisieron para España. Como ellos, yo quiero una España española y europea, liberal y socialista, eficaz y delicada, y como ellos siento el fracaso histórico de esa pretensión. (¿Pero acaso no han fracasado también, en cuanto generaciones intelectuales y españolas, la del 98 y la de la Dictadura? ¿Será que para los empeños colectivos de procedencia intelectual el permanente sino histórico de mi país consiste precisamente en el fracaso?). Debo añadir que algo muy importante me distingue, por desgracia para mí, de las figuras más representativas de una y otra generación: a su lado, yo, personalmente, siento ser bien poca cosa.

8. *¿Qué autores —españoles y extranjeros— han tenido influencia en su obra? ¿Cómo?*

Autores españoles: Zubiri (fraternal amistad con él desde 1939; lectura reiterada de todo lo suyo; asistencia asidua a sus cursos y conferencias), Ortega (reiterada lectura de su

obra; mi relación directa con su persona fue, aunque buena, más bien escasa), Unamuno (a quien admiro mucho, por más que discrepe de él en varias cosas fundamentales) y Américo Castro (con su iluminadora interpretación de la historia de España). Autores extranjeros: Scheler (aunque piense que en no pocos sentidos es insuficiente su obra), Heidegger (no obstante discrepar mucho de su pensamiento) y, en mi condición de historiador de la Medicina, Sigerist y su escuela.

9. *¿En qué difiere su obra de la de Gabriel Marcel?*

Muy sinceramente admiro la originalidad, la finura y la penetración de las intuiciones y descripciones de Gabriel Marcel (véanse los capítulos a él dedicados en mis libros *La espera y la esperanza* y *Teoría y realidad del otro*). Creo distinguirle de él, sin embargo, por lo siguiente: 1.º Mi constante deseo de dar fundamento metafísico y formulación conceptual a mi pensamiento antropológico. 2.º Mi preocupación por el componente corporal, fisiológico, de la actividad del hombre. 3.º Mi necesidad de buscar metódicamente el desarrollo histórico del problema que me ocupa. 4.º Mi mayor atención a los aspectos sociales de la vida humana.

10. *¿Existe una relación entre su teoría del otro y la «otredad» de Antonio Machado?*

Antonio Machado fue, en efecto, el inventor del término «otredad», y a él se deben muy finas intuiciones filosófico-poéticas acerca de la relación entre hombre y hombre. No pocas de ellas he recogido en mi obra. Yo he adoptado esa

palabra para dar un matiz más inmediatamente humano al concepto de «alteridad». Alteridad: la condición de «ser otro» que respecto de los demás tiene un ente cualquiera. Otredad: la condición de «ser otra» que respecto de las demás tiene una persona humana.

11. *Teniendo en cuenta sus ideas sobre la esperanza y el hombre religado a Dios, ¿cómo considera usted el «Manuel Bueno» de Unamuno? ¿Puede el hombre tener esperanza y no estar religado a Dios?*

Sintiendo o no sintiendo en su intimidad esa fundamental religación de su existencia (sólo deja de sentirla en su alma el hombre constantemente entregado a la cotidianidad, el hombre penúltimo) y sintiéndola de un modo o de otro (cristiano, marxista, agnóstico o budista), el ser humano, por un esencial imperativo de su propia realidad, espera siempre, *no puede no esperar*. Esperan hasta los doctrinarios de la desesperación (un Leopardi) o de la desesperanza (un Sartre); si no fuera así, se suicidarían. (Incluso los suicidas esperan «algo que no sea esto»). En cuanto a esa inexorable y variable esperanza, los hombres difieren entre sí por el «qué», por el «de qué» y por el «cómo» de su esperar. «Qué» se espera (la felicidad terrenal o la felicidad en el «otro mundo»; un estado histórico de la existencia, la llegada a «un mundo mejor», o un estado escatológico de ella, la bienaventuranza eterna); «de qué» se espera (del puro esfuerzo de la humanidad o de una providencia divina superior a ese esfuerzo; en mi lenguaje, el modo «hesiódico» y el modo «mosaico» de la esperanza); «cómo» se espera (confiada

o desconfiadamente; con «confianza» o con «defianza», como en mi libro digo; teniendo en cuenta, eso sí, que la confianza y la defianza respecto al logro de lo que se espera nunca pueden ser absolutas). Aplique usted este sumario esquema al personaje de Unamuno y verá cómo Manuel Bueno esperaba algo (la felicidad y la salvación de una ingenua grey humana en la cual estaba viva la fe religiosa que a él le faltaba y, a través de aquéllas, su propia salvación), esperaba de alguien (un Ser Absoluto que para él no acababa de ser el Dios del cristianismo) y esperaba de cierto modo (con más defianza que confianza, con angustia más bien que con firmeza). Aplíquelo usted, por otra parte, a Leopardi, a Sartre, a los marxistas, a cualquiera de los «no creyentes» que conozca.

Pregunta usted si el hombre puede tener esperanza no estando religado a Dios. Y yo le respondo: primero, que *todo hombre* está religado al fundamento absoluto de la realidad y de su propia existencia, y que sólo *algunos hombres* llaman «Dios» a ese fundamento (otros le llaman «lo Absoluto», «lo Incondicionado», «lo Abarcante», el «En-sí-para-sí», «la Materia eterna», etc.); segundo, que el *estar religado* no equivale siempre a un *sentirse religado*, porque el hombre puede a veces no querer salir o no saber salir de la cotidianidad de su existencia. Sólo cuando un hombre se hace a sí mismo preguntas como «¿Cuál es el sentido último de mi existencia?», «¿Son o no son absurdas la existencia y la historia de la humanidad?», «¿Tiene o no tiene un último sentido el hecho de que yo me sacrifique o sea capaz de morir por algo?», sólo entonces puede pasar de «estar religado» a «sentirse religado». Imitando la frase famosa de Hamlet, habría que decir: «En tu existencia, Horacio, hay siempre más cosas de las

que en tu alma *sientes*». Pero acerca de lo que es la religación, permítame remitirle a la obra de Zubiri, creador de ese concepto, y al artículo que al tema consagró Ignacio Ellacuría («La religación, actitud radical del hombre», *Asclepio* XVI, 1964).

PEDRO LAÍN ENTRALGO

*Ministro Ibáñez Martín, 6.
Madrid - 15.*